

crisis imperial y una crisis moral desde hace varios años, y precisamente en este momento está en un punto candente, con la retirada final de Vietnam —la pérdida, sin paliativos, de una gran guerra colonial— que no es un hecho único, sino una coincidencia con otra serie de acontecimientos. La historia imperial de los Estados Unidos en la Europa contemporánea tiene un punto inicial visible (aparte de la penetración económica a raíz de la primera guerra mundial) en la doctrina Truman que inició en Grecia la construcción de una serie de fortalezas exteriores que la defendían de un peligro hipotético —el de la URSS—, que posteriormente se fue convirtiendo en algo más real y concreto —con la fabricación de la bomba atómica soviética— hasta los momentos más ásperos y duros de la guerra fría. A partir de ese punto todos los países europeos sufrieron las contradicciones de la situación: sus políticas se vieron presionadas fuertemente para que obviaran el pensamiento de las mayorías; el sueño de libertad y de mundo nuevo que había presidido la lucha contra los fascismos quedó anegado, las economías se hicieron dependientes, los países europeos perdieron sus apoyos coloniales. Es toda esta construcción la que se está viniendo abajo. Asia se desploma enteramente, y hasta los países más fieles a la alianza con Washington están reconsiderando su política y sus políticos; el subcontinente de la América Latina —su primera gran empresa imperial en el mundo— se rebela a partir de la revolución cubana. Y en Europa han comenzado a pasar cosas. Fue Francia la primera nación que exigió y obtuvo la retirada de las bases. Se retiraron ahora, por acuerdo mutuo, de Grecia. Las de Portugal han dejado de ser seguras para la Alianza Atlántica y la misma Alianza está débil; Europa intenta constituir un «tercer mundo».

La visita de Ford a Bruselas —como antes la de Nixon para considerar una nueva forma de Carta Atlántica— tiene por objeto apuntalar esta caída imperial. Ha de erguir para ello el viejo y útil fantasma de la nueva fuerza del comunismo. Ya no es exactamente la Unión Soviética la que constituye una amenaza concreta —aunque es un peligro que siempre se puede esgrimir y que en ningún momento debe dejar de ser utilizado—, sino los comunismos interiores. Por eso hay que insistir continuamente en el peligro comunista de Portugal, aunque la evidencia demuestra que el partido comunista no ha obtenido más que un 13 por 100 de los votos, y los otros grupos comunistas son inapreciables; hay que insistir en que Francia puede caer en un Frente Popular dominado por los comunistas, aunque estén claros en la coalición de la izquierda el predominio socialista y la moderación del programa común; hay que insistir en que Italia puede sufrir una revolución comunista, cuando la realidad es que está conmovida por las provocaciones fascistas y las amenazas del golpe de Estado de la extrema derecha. Al amparo de este nuevo anticomunismo se realizan nuevos atentados contra las formas de libertad política y de democracia, contra un pensamiento de izquierda, contra un pensamiento social real. Con una Euro-

pa en nueva guerra fría y en nuevas contradicciones interiores, cerrada y desconfiada, los Estados Unidos podrían seguir con una hegemonía peculiar, con un monopolio propio: el de las buenas y rentables relaciones con la URSS y con China. Si uno de estos países —un Portugal, una Grecia— pudieran conocer un estado revolucionario, nada impediría a Estados Unidos o quienes fueran sus agentes en ese momento o esa zona aplicar un tratamiento como el de Vietnam; nada les impediría, si el caso llegase, abandonar a sus aliados como en Vietnam, como en toda la península Indochina y como, muy probablemente dentro de algún tiempo, en otros países asiáticos.

Cuando la posición de Estados Unidos en esta zona estratégica es comprometida, por el abandono de las dictaduras favorables en un par de países, por la reconversión democrática de algunos otros, por la imposibilidad de que Israel mantenga el papel de agente represor en el Mediterráneo árabe, parece que la nueva estrategia de la Alianza Atlántica se fija en España. No es nada nuevo: los tratados bilaterales con los Estados Unidos, que tuvieron su punto culminante en otro viaje presidencial —la pasada rápida de Eisenhower el 22 de diciembre de 1959—, unidos a una firme vocación anticomunista y contraria a la democracia de partidos y parlamento en España dieron a este país su carácter de fortaleza en la guerra fría. Pero no entró en la Alianza Atlántica ni el Mercado Común. Varios o muchos de los países que formaban esa estructura americana de Europa, pero con visos de independencia —y con gémenes para oponerse— se oponían en razón de la necesidad de conservar su imagen y de sostener la descripción del pacto, en el que se defendían las formas de gobierno de democracia parlamentaria y de partidos, que no les parecía contenida en el régimen español. Por su parte, España nunca optó oficialmente por entrar en esa Alianza, aunque si haya deseado formar parte del Mercado Común por necesidades económicas.

Es ahora, cuando se quiebra el sistema político y militar montado entonces —y se quiebra en gran parte por la responsabilidad de los Estados Unidos al aceptar nuevas alianzas con los países comunistas, y en parte por el principio de abandono o de acción contraria realizada por los Estados Unidos en una situación de crisis económica—, cuando se piensa en España con objeto de convertirla en la última fortaleza del Mediterráneo. Antes que Ford han venido otros emisarios —como el alemán Genscher o como algún otro personaje envuelto en el velo de la visita privada— para ver las posibilidades que ofrece la situación. Claramente se habla ahora de que en la cargada agenda de trabajo de Ford en sus horas de España estará presente «la posible incorporación de España a la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), así como una revisión general de la estrategia diplomática estadounidense en el caso español», además de «los temas de la renovación de los acuerdos de cooperación entre los Estados Unidos y España» («ABC», 3 de mayo).

Es probablemente el momento menos conveniente para España de unirse a tal Alianza. Porque se está hundiendo, porque su carestía es



La visita de Ford, que vendrá acompañado de Kissinger, a España no puede sino producir una considerable inquietud en nuestro país.

elevada y porque supone siempre un riesgo de guerra, y de una guerra nuclear. Se suele argüir que precisamente en estos momentos de crisis imperial y de debilidad de la OTAN, nuestro territorio y nuestra cooperación pueden tener mayor valor y se pueden obtener mejores contrapartidas. Este tipo de cinismo político es inquietante: no se puede poner un precio a algo que está por encima de todos los precios. Hay muchos puntos todavía que apretar al metafórico cinturón de las dificultades antes que aceptar un pacto que acrecienta el riesgo de supervivencia del país.

Algunos aficionados recientes a la democracia estiman que gracias a las posibilidades de esta incorporación de última hora se podría obtener una armonización del régimen español con los otros países de la Alianza. En primer lugar, no hay que creerlo. En segundo lugar, no hay que quererlo. El régimen ha demostrado en los casi cuarenta años de su existencia que tiene las suficientes reservas de defensa como para no dejarse influir por el

exterior; no hay que creer que esta nueva situación modificará más que algunos aspectos formales. Más bien hay que creer que otros países europeos aceptarán premisas y sistemas del régimen español. Si no hay que creerlo, tampoco hay que quererlo. La política española tiene un desenvolvimiento propio, con arreglo a las fuerzas de sus clases sociales, a su basamento histórico; el pueblo español no necesita identificaciones con otros, esquemas o modelos de otros. Cómo haya de ser la evolución general que adquiera dependerá y deberá depender de sus necesidades y de sus deseos.

Por todo ello, produce una considerable inquietud la visita del presidente Ford. Que si debe ser tan bien venido como lo merece la representación que tiene de unos componentes de la vida de la gran nación, debe ser también acogido con muchas reservas por cuanto suponga la fuerza o la presión de otros componentes que están en estos momentos en un estado crítico y que no han de vacilar en utilizar a los demás como puedan.

Jacques Duclos y España

En agosto de 1974, la televisión francesa elaboró una nutrida serie de espacios con el objeto de conmemorar el treinta aniversario de la liberación de París. Entre ellos, unos «Dossiers de l'écran», en que, tras la proyección de viejos documentales sobre el levantamiento popular, una rueda de supervivientes parecía reconstruir la unión sagrada en torno a los ideales de la liberación: Rol-Tanguy, dirigente militar de la Resistencia; un ayudante, ya un tanto cascado, del general Leclerc; figuras políticas luego divergentes, como el comunista Jacques Duclos, Chaban-Delmas, el democristiano pasado por la OAS Georges Bidault, más el aditamento de un par de resistentes populares e incluso de un educado coronel alemán ayudante de Von Choltitz.

Como no podía menos de suceder, cada personaje —con la exposición del alemán, reducido un tanto a saco de los golpes— interpretó sus variaciones en torno al tema obligado de la resurrección nacional. Pronto, Chaban-Delmas descubrió el término requerido para la sacralización de unos hechos cuyos protagonistas se esforzaban en mitificar: el milagro. Y con una recurrencia cada vez mayor, esta decisión política o aquella actuación del pueblo en armas se encuadraba en el término mágico. Hasta que le llegó el turno al ayudante de Leclerc, para, en un largo parlamento, calificar de milagroso el éxito de su misión de enlace con los resistentes. Resonó entonces una voz socarrona, meridional, por el momento fuera del alcance de las cámaras: «Los

milagros no existen» («Il n'y a pas de miracles»). Un instante después era enfocado el autor de la interrupción, Jacques Duclos, satisfecho del efecto conseguido. La cortina quedaba rasgada y el discurso conmemorativo recuperaba con el desconcierto una mínima lucidez.

No sería la primera, ni la última vez, que los recursos oratorios del viejo dirigente obrero saltaban en ayuda de situaciones difíciles. En momentos de mucha más trascendencia, ya con setenta y ocho años a cuestas, Duclos protagonizaba en el Senado francés, en noviembre del pasado año, la violenta oposición comunista al príncipe-ministro Poniatowski por sus declaraciones sobre el carácter fascista del PCF. Y aún más: en pleno desastre de la izquierda francesa de 1969, mientras las elecciones presidenciales hundían al tándem de figuras socialdemócratas Defferre-Mendès-France, con sólo un 5 por 100 de los votos, Duclos efectuaba el difícil ejercicio de recordar, como candidato a la Presidencia de la República, la permanencia de una cuantiosa base popular al lado de unos partidos obreros reducidos transitoriamente a un «ghetto» tras la marea contrarrevolucionaria que siguió a mayo del 68. También aquí su habilidad como polemista consiguió efectos notables: la afortunada calificación de «bonnet blanc, blanc bonnet» para caracterizar al dúo rival Pompidou-Poher, simbolizó el freno a toda inclinación oportunista en favor del segundo y, a más largo plazo, la esperanza de que una recuperación de la izquierda permitiera equilibrar al menos, utilizando una plataforma unitaria, la aplastante hegemonía de la derecha, balance electoral del 68.

Con anterioridad, el político francés recientemente fallecido (1) siguió una carrera cuyos rasgos esenciales fueron la fidelidad estricta a su partido, la capacidad como luchador en las más difíciles situaciones, desde la clandestinidad hasta el escaño parlamentario, y una escasa fortuna como escritor marxista, a pesar de la ambición de ensayos como su *Bakunin y Marx, sombra y luz* (1974). Fue, en cambio, un ágil redactor de Memorias. Militante comunista desde 1921, el antiguo aprendiz de pastelero figura en el Comité Central del partido desde 1926, y al lado de Maurice Thorez protagoniza en 1934 los tratos con la SFIO, que conducen, primero, a la alianza defensiva de comunistas y socialistas y, más tarde, al Frente Popular. Aunque radicalmente opuesto a los acuerdos de Munich, Duclos se pegará, no obstante, a la disciplina de partido al producirse el pacto germano-soviético, firmando más tarde con Thorez, en julio de 1940, el llamamiento al pueblo francés, que responde a aquella alianza. Pero su figura se rehabilita, con la de su partido, al asumir desde 1941 la gestión de aquél en la Resistencia. Hasta el regreso de Thorez a Francia, en noviembre de 1944, dirige conjuntamente con Marty el partido y L'Humanité. Después de la guerra figura ininterrumpidamente, al correr de las crisis, en la dirección del PCF y de sus grupos parlamentarios, en la Asamblea hasta 1958 y en el Senado con el gaullismo.

(1) Jacques Duclos nació el 2 de octubre de 1896, en Louey (Altos Pirineos), y ha fallecido, por un fallo cardíaco, el 25 de abril de 1975.

Las relaciones más conocidas de Jacques Duclos con España se refieren al período de la guerra civil. En especial, su intervención en el mitin del Velódromo de Invierno de París el 3 de diciembre de 1937 y la visita, a la cabeza de una delegación francesa, a los frentes españoles en septiembre de 1936, incluida la fugaz revisión de las tropas que cercaban el Alcázar de Toledo, que le sirve para confirmar su valoración negativa de los militantes anarquistas. En *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*, Andréu Castells cita su nombre entre los consejeros comunistas que asesoran al Gobierno de Largo Caballero en la organización de las brigadas, mostrándose partidario de su rápida incorporación al frente.

Pero las intervenciones de mayor peso de Duclos en el movimiento obrero español tuvieron lugar en los años que precedieron a la guerra. Ambas se sitúan en el marco de la Internacional Comunista y tienen lugar en dos momentos cruciales: la definición de la táctica sindical comunista, a la caída de la Dictadura, y la formación del Frente Popular en 1935.

La personalidad de Duclos como delegado de la Internacional en España en 1930-31 ha sido evocada en términos positivos por dos hombres de la época, en lo sucesivo apartados radicalmente del movimiento comunista: Jacques Humbert-Droz, que le sustituye en enero de 1931 al frente de la copiosa delegación de la IC en España, y José Bullejos, el líder del partido que será desplazado por la propia Internacional año y medio más tarde. La presencia de Duclos en España tenía, ante todo, una motiva-

ción de seguridad: al haber perdido la inmunidad parlamentaria al disolverse la Cámara y en plena persecución anticomunista, duró sólo hasta que una nueva elección le devolvió las prerrogativas de diputado. Antes de regresar a su país, Duclos investirá a Humbert-Droz, ya en desgracia ante Stalin, como delegado de facto de la Internacional en España, lo que el segundo interpreta como prueba de su independencia de criterio, que hacía compatible la obediencia de la disciplina de la organización y una desconfianza íntima hacia sus orientaciones. «Nuestro representante, Duclos investirá a Humbert-Droz a su mujer al producirse la sustitución— es un buen tipo, que ha comprendido inmediatamente el ridículo y el absurdo de las disposiciones allí tomadas y que ha asumido la responsabilidad de hacer las cosas de otro modo... Se ha esforzado en preparar el terreno para que yo pueda trabajar y colaborar. Ha conseguido que desaparezcan las prevenciones, no ha dicho nada sobre las condiciones de mi presencia aquí y me ha consagrado miembro de la delegación» (2). Más significativo es aún el testimonio de Bullejos, ya que su juicio se refiere a uno de los pasos más discutibles dados por el comunismo español a instancias de la IC: Abordar desde Sevilla, en junio de 1930, una reconstrucción de la CNT, dirigida a lograr un desplazamiento de la hegemonía antes ejercida por anarquistas y

(2) J. Humbert-Droz: *De Lénine a Staline. Dix ans au service de l'Internationale Communiste, 1921-1931*. Neuchâtel, 1971. Pág. 406.

sindicalistas. El único inconveniente residía en que los trabajos de reorganización comunista se iniciaban cuando ya los anarcosindicalistas habían logrado incluso la legalización de la CNT en Barcelona, con pleno éxito, de manera que la reconstrucción difícilmente podía significar otra cosa que una maniobra escisionista. Al recordar los hechos, Bullejos escribe: «Jacques Duclos, jefe de la delegación internacional, se distinguió en España durante los dos años que estubo por su gran tacto político y su flexibilidad, muy poco dado a las actitudes intrínsecas y enemigo de los formalismos burocráticos. Esto permitió que su colaboración fuera muy útil para nosotros, pese a que las órdenes que recibía de Moscú le obligaron en varias ocasiones a incurrir en graves torpezas. La peor de éstas fue la creación del Comité Nacional de Reconstrucción de la Confederación (Nacional del Trabajo). Cuando Duclos llegó a Madrid comenzábamos a organizar en Sevilla una reunión de todos los sindicatos de la provincia recientemente expulsados de la CNT (sic), para coordinar sus actividades y crear una dirección común. Duclos pretendió dar a esta Asamblea carácter de Congreso o Conferencia Nacional y, lo que era peor, reconstruir en ella la Confederación Nacional del Trabajo» (3). Bullejos cita también el papel de Duclos relativizando las instrucciones de la Internacional en la aplicación de la táctica de clase contra clase.

Sin embargo, en sus manifestaciones externas, esta flexibilidad no se aprecia. Así, en el artículo sobre «Los acontecimientos de España», que publican en mayo de 1931 los *Cahiers du Bolchevisme*, la postura de Duclos no puede estar más ajustada a la intransigencia internacionalista, aunque la definición de los términos pueda recordar la lectura del «heterodoxo» Maurín: «El problema de la revolución— escribe entonces Duclos— en España es, ante todo, un problema de alianza entre el proletariado y los campesinos, y el problema de las minorías nacionales no puede separarse del problema campesino». La fórmula propugnada es «la alianza obrera y campesina».

Cuatro años más tarde, Duclos vuelve a intervenir en el movimiento obrero español, asumiendo un encargo especialmente importante: convencer al líder socialista Largo Caballero de la necesidad de aceptar el acuerdo electoral con la pequeña burguesía republicana, formando, sobre el modelo francés, un Frente Popular. Contamos sobre este punto con el relato que el propio Duclos hace en sus Memorias. La entrevista, preparada en diciembre de 1935 por Julio Álvarez del Vayo, reunió por espacio de tres días a Duclos y a Caballero, concluyendo en el sentido deseado por aquél. «Conocía bastante bien—ha recordado Duclos— al personaje que tenía ante mí. Sabía que él había aprovechado las lecciones de su experiencia de colaboración con Primo de Rivera y de su paso por el Gobierno republicano y socialista. Sabía que existían en él tendencias en cierto modo obreristas que le llevaban a subestimar la importancia de las cate-

(3) José Bullejos: *La Comintern en España*. México, 1972. Pág. 101.



Jacques Duclos, segundo por la izquierda, con E. Hénaff, representante de la CGT, en medio de un grupo de voluntarios franceses en la guerra de España.

gorias sociales ajenas a la clase obrera» (4). El relato de Duclos nos da una nueva prueba de su calidad como polemista: se emplea en vencer la desconfianza inicial de su interlocutor, nunca le muestra un desacuerdo tajante sobre sus afirmaciones, utiliza los argumentos de Lenin sobre la alianza de clases... Unas semanas más tarde, Duclos daba cuenta al secretario de la IO de que el Frente Popular era un hecho, contando para ello con el acuerdo de Largo Caballero.

Desde un punto de vista historiográfico, la muerte del viejo militante francés representa la pérdida de un testigo excepcional de algunos momentos cruciales de la España de los treinta, en los que actuó de modo decisivo, poniendo en juego toda su capacidad al servicio de su concepción de la disciplina y de la organización. ■ A. E.

(4) Jacques Duclos: *Mémoires*. 1935-1939. París, 1969. Pág. 107.

«EL AÑO DE LA VICTORIA»

Eduardo de Guzmán, Premio Internacional de la Prensa

El Premio Internacional de la Prensa que se concede en el Festival Internacional del Libro, en Niza, ha sido concedido al escritor español Eduardo de Guzmán, por su libro "El año de la victoria" (Editorial G. del Toro, Madrid, 1974). El Jurado estaba compuesto por representantes de siete revistas: "L'Espresso", de Italia; "Newsweek", de Estados Unidos; "Nouvel Observateur", de Francia; "The Observer", de Gran Bretaña; "Nin", de Yugoslavia; "Tagesanzeiger-Magazin", de Suiza, y TRIUNFO, de España. En las reuniones del Jurado se barajaban libros de Hernán Valdés, chileno, autor de "Tejas verdes"; Ivan Illich, May Frisch, Paqualini, Niklaus Meinberg, Hans Jacob Stehle y Lucio Colletti. "El año de la victoria", de Eduardo de Guzmán, había sido propuesto por TRIUNFO.

Eduardo de Guzmán fue antes de la guerra redactor jefe de "La Tierra", redactor de "La Libertad" y director de "Castilla Libre". Fue encarcelado al final de aquella, en condiciones que relata en sus libros "La muerte de la esperanza", y el actualmente premiado. La sinceridad y la claridad de este periodista intelectual ha impresionado, sin duda, a los miembros del Jurado, así como el tema español de su libro, tema que cobra cada vez más actualidad por el nuevo interés mundial hacia la política española. Ha publicado también "1930, historia política de un año decisivo" (Tebas).

Es Eduardo de Guzmán colaborador frecuente de TRIUNFO: en este mismo número encontrará el lector su trabajo "El padre Félix García y las muertes de Azaña y Rivas Cherif".

● —En el «El año de la victoria» —dice Eduardo de Guzmán— presentó la otra cara dramática y sangrienta de la guerra: la de la derrota. Es algo que hasta ahora, cuando van transcurridos siete largos lustros del final de la contienda, no se había hecho en nuestro país. Nada tiene de sorprendente el caso, porque sabido es que la historia la escriben siempre los vencedores. Quizá deba ser así cuando así es, ya que todos los sucesos inmutables en el transcurso del tiempo obedecen a una razón lógica, la conozcamos o no. En el caso contrario —el de no escribir ellos mismos la historia de su triunfo—, su victoria pecaría de incompleta, fragmentaria y parcial. (No en el sentido partidista —que siempre se lo parecerá a alguno de los lectores—, sino en el de total.) A la larga, muy a la larga, podrán hablar y escribir los derrotados. Pero será siempre cuando la victoria haya dado todos sus frutos y los elogios para el vencido —si caben elogios para quien midió tan mal sus fuerzas que lo perdió todo en un solo envite— no pueden oscurecer las luminarias que celebraron el éxito. (No será malo recordar, aunque sea de pasada, que la difusión multitudinaria de «Lo que el viento se llevó» llegó setenta años después de la victoria del Nor-

te contra el Sur de los Estados Unidos. Catorce lustros después de la lucha se podía cantar sin inconveniente alguno al espíritu caballeresco y romántico de los propietarios de esclavos como ejemplos arquetípicos de un pasado muerto sin posible resurrección.)

—¿Tantas semejanzas encuentras entre la guerra de Secesión americana y nuestra última contienda civil?

—Quizá haya más de las que generalmente se cree. No sólo porque ambas sean guerras civiles en que los hermanos se desangran en una desoladora lucha fratricida, sino porque en una y otra se pelea con tanto encarnizamiento que cuentan entre las más sangrientas de toda la historia. Si en América se cifra en medio millón el número de muertos, en España no faltan quienes duplican la espantable cifra. Aunque con toda seguridad, uno y otro número han sido desorbitados por la propensión general a buscar la máxima expresividad en las cifras redondas, bastan para probarnos de nuevo una verdad tan antigua que para muchos se ha convertido en simple tópico sin ningún contenido intrínseco: que si todas las guerras son terribles, ninguna supera en dolorosa angustia a las de carácter civil. No sólo por



Eduardo de Guzmán, en una visita al lugar que ocupó en 1939 el campo de concentración de Albaterra.

su mayor crueldad, sino porque la nación dividida pierde con los dos bandos en pugna.

—¿Crees que se puede hablar ya con claridad y desapasionamiento de la guerra de España?

—Sí. Aunque haya condicionado la vida de varias generaciones de españoles, nuestra contienda civil tiene ya lejanía y perspectivas históricas. A treinta y nueve años de su comienzo están tan separadas de nosotros en el tiempo como lo estaban en mil novecientos treinta y seis las viejas luchas coloniales de Cuba y Filipinas. Cabe, pues, en mi opinión, analizarla serenamente, superados partidismos y apasionamientos, para extraer de ella todas las razones que hagan totalmente imposible su repetición en un futuro más o menos remoto, castigo que, según Santayana, amenazaba a los pueblos que, por olvidar o desconocer su pasado, pueden verse condenados a repetirlo.

Se hace un pequeño silencio. Luego, ante una nueva pregunta nuestra, Guzmán responde:

—Con desgarrada sinceridad, sin acentuar la negrura de las tintas del cuadro, pero sin ocultar su lacerante dolor, «El año de la victoria» relata tal y como fue la odisea de los vencidos de mil novecientos treinta y nueve; concretamente, la de quienes por continuar en sus puestos hasta el último segundo cayeron en manos de sus adversarios. Es la historia de los treinta mil antifascistas —liberales, republicanos, socialistas, comunistas y libertarios— capturados en el puerto de Alicante en la mañana del uno de abril, tras esperar inútilmente en los muelles unos barcos de evacuación que no llegaron a entrar. Una

narración triste en que el número de muertos sobrepasa al de supervivientes, y en que estos últimos llevan grabado en su ánimo visiones imborrables de auténtica pesadilla. Cuento exclusivamente lo que vi y viví, lo que sentí en mis propias carnes como lo sintieron otros en el campo de los Almendros y Albaterra. Es lógico, natural y obligado que el cuadro que presento difiera radicalmente de otras visiones de mil novecientos treinta y nueve por quienes lo contemplaron con muy distinto ángulo de enfoque; pero tan exacto, preciso y veraz que nadie, en los meses que lleva publicado, ha podido desmentir una sola de sus afirmaciones ni negar cualquiera de los episodios que narro con fechas, lugares y nombres y apellidos de sus protagonistas.

«El año de la victoria» —concluye Guzmán— no es, desde luego, un canto de triunfo; no podía serlo al reflejar la suerte y destinos de quienes cargaron con todas las culpas de la derrota. Aunque no publicadas hasta recientemente, estas memorias fueron escritas hace varios lustros, precisamente donde, según Cervantes, «toda incomodidad tiene su asiento». Como es natural, dado los años transcurridos desde entonces, han muerto la mayoría de los personajes que cruzan por mi relato. Sin embargo, algunos no hemos muerto y contamos sencillamente lo que vimos y pensamos. No por innecesaria justificación personal, ni menos aun por satisfacer una vanidad literaria inexistente, sino como un alegato más contra la violencia y la crueldad; esencialmente, contra la guerra civil, compendio y suma de todas las iniquidades imaginables. ■